

El búfalo y el pájaro

[Cuento]

DOI: 10.15658/CESMAG19.12080209

Ricardo Alonso Mendoza Muñoz¹

¹ // Magíster en Nutrición y Dietética, Universidad Europea Miguel de Cervantes. Docente Tiempo Completo en el Programa de Licenciatura en Educación Física, Universidad Cesmag. Correo electrónico: ramendoza@unicesmag.edu.co

Este cuento se desarrolla en las lejanas llanuras africanas, que están al pie del majestuoso monte Kilimanjaro, un lugar de una hermosura incommensurable donde se combina la calidez de sus paisajes con la frialdad y ferocidad de las bestias que habitan en aquel sitio.

Este lugar es el hogar de una criatura maravillosa que se caracteriza por su fuerza y poderío, estamos hablando de un búfalo, cuyo nombre es Héctor. Este era siempre muy gruñón y descortés con el resto de criaturas, no tenía amigos y nunca pedía o realizaba un favor a los demás porque se creía superior a ellos.

Sin embargo, una mañana al joven búfalo le pasaba algo extraño...

- ¡Auch! ¡Auch! ¡Auch!

Se escuchaban sus lamentos, tras unas poderosas pisadas que hacían temblar y levantar la tierra polvorienta.

Era el búfalo Héctor que iba refunfuñando y a su vez entre dientes decía:

- Ya no puedo soportar más tanto dolor, me voy a quedar a la sombra de este gran árbol de acacia a descansar.

De repente, sin haberse percatado de la presencia de un testigo silencioso de su agonía, el búfalo Héctor escuchó una voz muy suave que le dijo:

- ¿Qué te pasa búfalo Héctor? Tú que eres supremamente fuerte y poderoso, que incluso haces titubear a los más feroces depredadores como el león, el leopardo o la hiena, andas por ahí quejándote y rezongando, sin motivo alguno.

Con algo de sorpresa en su rostro, pero que de manera inmediata pudo disimular, trató de encontrar en el espesor de aquel árbol de acacia la vocecita de quien lo había estado observando; buscaba y buscaba pero sin lograr identificarlo. Entonces, con una voz gruesa y tono imponente dijo:

- ¡Quién osa dirigirme a mí la palabra!, a mí, al poderoso Héctor, el búfalo, y peor aún se atreve a espiarme y a regañarme. ¡Sal inmediatamente de donde estés!, no seas cobarde o te juro que de un solo golpe echaré al suelo este árbol, junto contigo.

Tras un corto silencio y con el mismo tono de voz sereno y amable, le contestó:

- ¡Tranquilo señor búfalo!, todos los animales de esta gran llanura, sabemos de tu gran fuerza y grandeza, ya que en todo momento nos vives mirando a los demás con desdén y alardeas de tus capacidades.

En verdad, no ha sido mi intención espiarte y menos aún criticarte, solamente que me sorprende que siendo todo un búfalo, te estés quejando de esa manera, parece que fueras a morir.

El búfalo Héctor, ya un poco más calmado tras las palabras de la anónima presencia, le dijo nuevamente:

- Está bien, no voy a tumbar este árbol... por ahora.

Mejor aún, te voy a contar el motivo de mi incómoda situación; y es que desde hace tres días, no puedo caminar bien con una de mis patas delanteras. Esta no consiente que la pose en el suelo. Y lo peor y más grave es que no he podido saber el motivo de tanto dolor.



Figura 1. Búfalo y un birdkruger
Fuente: www.sp.depositphotos.com

Pero todo esto a ti no te debe incumbir, incluso, no se por qué estoy hablando con alguien o algo que ni siquiera se que es.

Nuevamente, tras un breve silencio, esta vez un tanto incómodo, la extraña voz volvió a dirigirse al búfalo Héctor, diciendo:

- Tienes toda la razón señor búfalo Héctor, no soy nadie para inmiscuirme en tus problemas. Sin embargo, en lo que pueda ayudarte con mucho gusto lo haré.

En ese momento, se escuchó un ligero movimiento sobre las ramas de aquella acacia, que en lugar de orientar al búfalo lo dejó más confundido.

Entonces, el búfalo Héctor dijo nuevamente, esta vez con un tono más imperativo.

- Pero te he ordenado que salgas de tu escondite... ¡sal ahora mismo!

Seguido a esto, la vocecilla se volvió a escuchar, pero esta vez más cerca.

- Pero si ya estoy en frente tuyo -jejejeje- se rió la voz.

- ¡Dónde que no te veo! - Dijo ya enojado como de costumbre el búfalo Héctor.

- ¡Aquí, aquí! Frente a ti, a tus pies.

El búfalo inmediatamente bajó su cabeza, dirigió su vista hacia el piso y por un momento se quedó paralizado, pero luego se echó a reír.



Figura 2. Búfalo, pájaro
Fuente: www.4ever.eu

- Jajajaja, esto tiene que ser una broma, y de mal gusto. ¿Cómo es posible que algo tan pequeño como tú, pueda ayudarme a mí?

La amable vocecita se trataba de un pequeño pájaro llamado Gualdo, el cual era de color castaño claro y un colorido pico entre rojo y amarillo.

- Tienes nuevamente toda la razón señor búfalo, sin embargo, te reitero toda mi colaboración para, de alguna manera, tratar de subsanar tu dolencia.

Por eso, me gustaría que por favor levantes la pata que adolece, para por lo menos ver el motivo de tu dolor.

El búfalo se quedó quieto y pensativo por un momento, quizá se preguntaba por qué un pájaro tan pequeño quería ayudarlo a él y lo que le parecía más raro aún, por qué soportaba tanta displicencia por parte del búfalo.

En su mente, el búfalo pensó por un momento que no perdía nada en permitir la ayuda de aquel minúsculo pájaro. Ya que, por otro lado, se sentía abrumado por la dolencia que lo aquejaba desde hacía tantos días.

- Está bien, dijo el búfalo Héctor con tono sarcástico, voy a darte el privilegio de examinarme, pero solo lo hago para darte el gusto a ti.

- ¡Listo! -dijo Gualdo- entonces por favor levanta tu enorme pata, pero hazlo con mucho cuidado de no bajarla, porque que si lo haces podrías aplastarme y la verdad no quiero morir así.

A regañadientes el búfalo hizo lo que le dijo Gualdo, aunque ya estaba a punto de arrepentirse, pues le parecía deshonesto seguir órdenes de un insignificante pájaro.

- Bueno, bueno, pero apúrate, dijo ya hastiado el búfalo Héctor.

Fue así que el pequeño pájaro de un solo brinco se ubicó justo debajo de aquella enorme pezuña y con sumo cuidado metió su fino pico entre los cascos, tratando de explorar o al menos encontrar algo extraño y que tal vez fuera la causa del dolor que padecía el joven búfalo.

En ese momento Héctor estalló en risas debido a las cosquillas que le generaba aquel procedimiento y dijo:

- Jejejeje, te aseguro que ya no podré resistir más, si sigues haciéndome cosquillas voy a tener que bajar mi pata.

Pero Gualdo, con su pico metido entre la pezuña de Héctor, le rogó diciendo.

- Noooo, por favor no vayas a hacer eso, ya voy a acabar.

En ese mismo instante, y de manera abrupta las risas del búfalo pasaron a un gemido desgarrador y ensordecedor.

- ¡ARGHHHHH! ¡ARGHHHHH! me duele, gritó el búfalo Héctor, mientras hacía un esfuerzo enorme para no hacer caer su pata al suelo, ya que podría matar al pobre Gualdo.

- ¡Es una espina! ¡es una espina! gritó Gualdo, metiendo más su pico en el fondo de la pata del animal. Me falta muy poco para alcanzarla, está muy clavada... aguanta... aguanta.

Ambos animales, hacían un alto grado de esfuerzo, el uno para resistir el dolor y no bajar la pata y el otro para alcanzar la espina y sacarla; para cada uno de ellos ese momento se hizo interminable.

De pronto, entregando su último aliento y sacando fuerzas de donde no tenía más, Gualdo se apoyó en sus delgadas y frágiles patas sobre aquel suelo árido y resquebrajado, todo esto con el fin de llegar a lo más profundo posible, extraer la susodicha y malintencionada espina, y dar fin a tan tensa situación.

- ¡La tengo! ¡la tengo! exclamó finalmente Gualdo.

Ese fue un grito de júbilo y alivio, como si la misma espina hubiera también estado clavada en el pequeño pajarito.

Mientras tanto, el pobre búfalo Héctor, bañado en su propio sudor tras aguantar el suplicio, dio un extenso y merecido suspiro.

- ¡Uuuuuffffff! – gracias mi buen amigo.

- ¿Cómo me dijiste? – repuso con admiración Gualdo.

- Gracias, gracias, gracias – dijo Héctor.

- Me refiero a lo otro que dijiste – contestó Gualdo.

- ¡Mi amigo! ¿a eso te refieres? – le dijo Héctor.

- ¡Sííí!- gritó Gualdo con alegría – me llamaste tu amigo.

- Sí, de ahora en adelante seremos eso ... amigos ... y como un acto sincero de amistad lo primero que quiero hacer es ofrecerte disculpas por haberte tratado tan mal y haber sido altivo y grosero contigo. Por favor discúlpame.

- Por supuesto que te perdono, no te preocupes tanto Héctor – le dijo Gualdo – ahora ya debo irme.

- Nooo, por favor no te vayas tan pronto, ¿puedes quedarte un rato más conmigo a charlar? – le pidió el búfalo Héctor. Si quieres, súbete sobre mí y platiquemos un tiempo.

Fue así como a partir de ese momento el búfalo Héctor y el pequeño pájaro Gualdo se hicieron muy buenos amigos, una amistad que ha perdurado durante mucho tiempo; inclusive, se dice que debido a esta amistad es común ver en las llanuras de África manadas de búfalos acompañados en sus lomos de pequeños pájaros llamados piquigualdos, que se alimentan y pasan mucho tiempo encima de ellos.



Figura 3. Búfalo africano
Fuente: www.oclfescience.com



Figura 1.

Búfalo y un birdkruger. Recuperada de <https://sp.depositphotos.com/95290316/stock-photo-buffalo-and-a-bird.html>

Figura 2.

Búfalo, pájaro. Recuperada de <http://imagenes.4ever.eu/animales/salvajes/bufalo-238298>

Figura 3.

Búfalo africano. Recuperada de <https://oclifescience.com/1545329-african-buffalo>